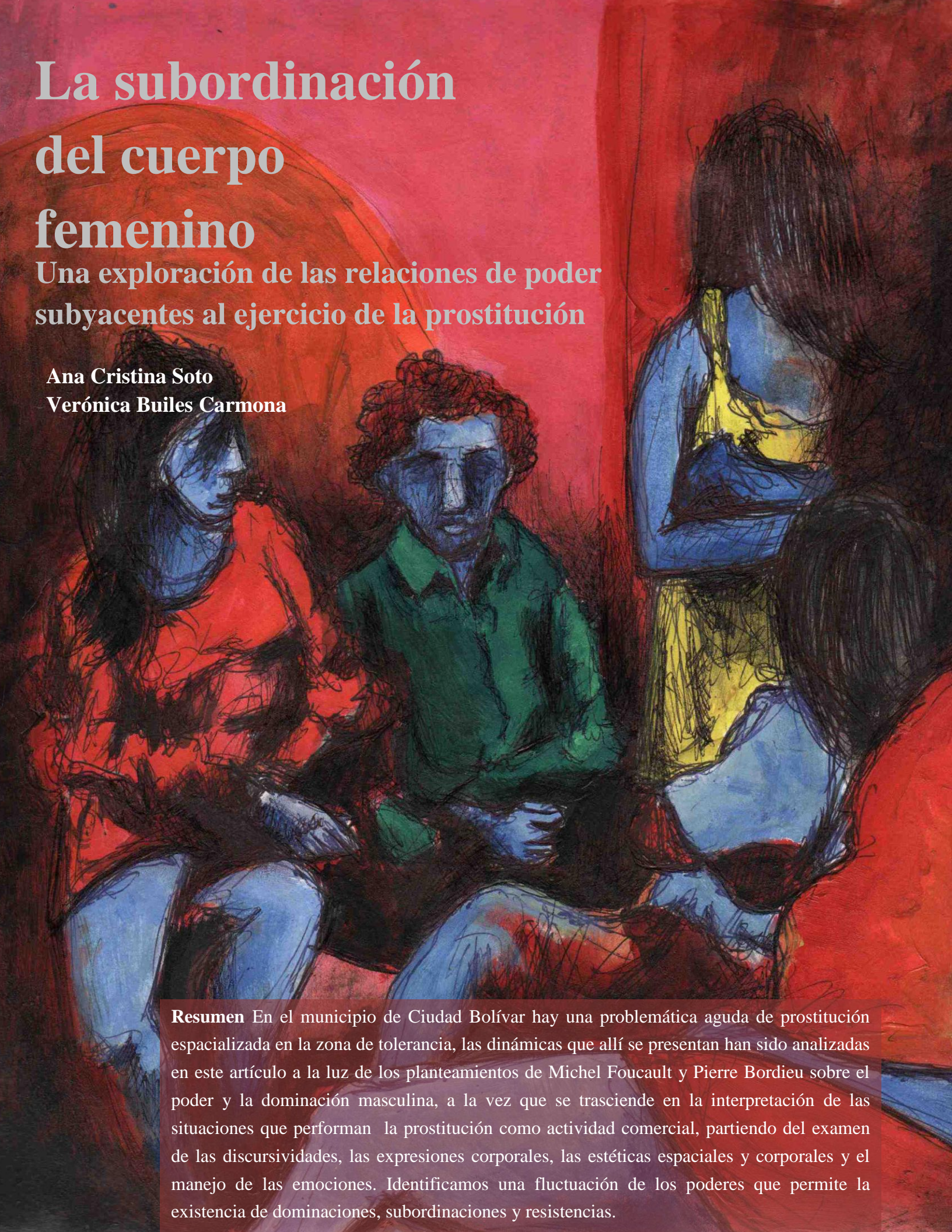


La subordinación del cuerpo femenino

Una exploración de las relaciones de poder
subyacentes al ejercicio de la prostitución

Ana Cristina Soto

Verónica Builes Carmona

An abstract painting with a dominant red background. In the center, a figure is rendered in shades of green and blue, appearing to be in a seated or crouching position. To the left, another figure is depicted in dark, scribbled lines against a red background. To the right, a third figure is shown in profile, with a yellow and blue face and dark hair. The overall style is expressive and textured, with heavy use of black and dark lines.

Resumen En el municipio de Ciudad Bolívar hay una problemática aguda de prostitución espacializada en la zona de tolerancia, las dinámicas que allí se presentan han sido analizadas en este artículo a la luz de los planteamientos de Michel Foucault y Pierre Bourdieu sobre el poder y la dominación masculina, a la vez que se trasciende en la interpretación de las situaciones que performan la prostitución como actividad comercial, partiendo del examen de las discursividades, las expresiones corporales, las estéticas espaciales y corporales y el manejo de las emociones. Identificamos una fluctuación de los poderes que permite la existencia de dominaciones, subordinaciones y resistencias.

Soto, Ana y Verónica Builes, 2011, “La subordinación del cuerpo femenino, Una exploración de la relaciones de poder subyacentes al ejercicio de la prostitución”, *Kogoró*, Medellín, vol. II, enero-junio, pp 78-89.

Palabras Clave:

Relaciones de poder, dominación masculina, prostitución, resistencias, transacciones económicas, estética, cuerpo.

Abstract

In Ciudad Bolívar municipality there is a severe problem of prostitution which is specialized on the tolerance zone. This paper analyzes the dynamics related to this situation by using the ideas of Pierre Bourdieu and Michel Foucault on power and male dominance. It also transcends the different interpretations of prostitution as a business, focusing instead on a view based on an examination of speeches, body language, spatial and bodily aesthetics and managing emotions. We identified a fluctuation of power that allows the existence of domination, subordination and resistance.

Key Words:

Power relationships, male dominance, prostitution, resistances, economic transactions, aesthetic, body.

Introducción

Ciudad Bolívar es un municipio antioqueño situado al suroeste del departamento sobre la vía que cruza hacia el Chocó; se constituye principalmente como un municipio cafetero que durante las épocas de cosecha es receptor de una gran cantidad de campesinos recolectores provenientes del Quindío, el Meta y de los diferentes municipios antioqueños, lo que repercute directamente sobre el considerable aumento de las mujeres en las zonas de tolerancia, población sobre la cual centraremos nuestro estudio,

analizando especialmente las dinámicas y relaciones de poder que en su ejercicio – la prostitución- se entretrejen.

En el desarrollo de este artículo pretendemos responder a preguntas básicas, entre ellas ¿cómo se dan las relaciones de poder dentro del fenómeno de la prostitución?, ¿de qué modos se manifiesta la dominación masculina?, ¿cómo se asume la dominación y cuáles son y cómo actúan las resistencias?, ¿cuáles son los contrasentidos y las tras escenas del abordaje del tema de la

prostitución como intercambio económico?

Partimos de la hipótesis de que la prostitución es tan sólo uno de los escenarios donde puede manifestarse la dominación masculina producto del modelo patriarcal de sociedad, y en este sentido, dicho dominio puede extrapolarse a todos los escenarios de las relaciones sociales.

Nos hemos servido de nociones sobre la teoría del poder de Michel Foucault y la dominación masculina de Pierre Bourdieu como base argumentativa. Estos dos conceptos, acompañados de una mirada hacia la mujer construida como objeto y susceptible de ser transada, nos permiten hacer una lectura sobre la prostitución desde dos grandes ejes transversales: uno que se enfoca principalmente en el funcionamiento de la lógica de la dominación masculina en medio de unas relaciones de poder asimétricas pero fluctuantes y a las que subyacen resistencias, y otro, que se concentra en la actividad de la prostitución desde su carácter comercial, que implica operaciones de compra-venta, mercadeo y la aplicación de ciertas estéticas; en este eje, las relaciones de poder, la dominación y las formas de asumir y resistir, se traslapan y conjugan.

Sobre las relaciones de poder y la dominación de lo femenino

Al interior de nuestro sistema cultural hay una diversidad de mecanismos mediante los cuales se manifiesta una asimetría en las relaciones de poder entre los géneros, a las que subyace el ejercicio de la dominación masculina. Esta dominación parte de un proceso de enculturación iniciado ya sea en la familia a través de la enseñanza de normas y roles, y la estructuración de mundos diversos a partir de la condición del sujeto, o en la interacción con diferentes colectivos e instituciones que introducen dicha dominación de formas mucho más implícitas que explícitas.

En este sentido se establecen un tipo de relaciones que resultan ser normalizadas y naturalizadas, donde hay una supremacía del hombre sobre la mujer y de lo masculino sobre lo femenino; no obstante, esta dominación se presenta de formas difusas, y en ocasiones inconscientes, como lo expresa Bourdieu:

“El dominio masculino está suficientemente bien asegurado como para no requerir justificación: puede limitarse a ser y a manifestarse en costumbres y discursos que enuncian el ser conforme a la evidencia, contribuyendo así a ajustar los dichos con los hechos. La visión dominante de la división sexual se expresa en discursos como los refranes,

proverbios, enigmas, cantos, poemas o en representaciones gráficas como las decoraciones murales, los adornos de la cerámica o de los tejidos. Pero se expresa también en objetos técnicos o en prácticas: por ejemplo, en la estructuración del espacio, en particular en las divisiones interiores de la casa o en la oposición entre la casa y el campo, o bien en la organización del tiempo, de la jornada o del año agrícola y, de modo más amplio, en todas las prácticas, casi siempre a la vez técnicas y rituales, especialmente en las técnicas del cuerpo, postura, ademanes y porte” (1998: 4).

Las categorías construidas colectivamente sobre la realidad social que determinan y moldean el deber ser de los comportamientos dentro de ésta, son asimiladas por el cuerpo como elemento principal de las interacciones y luego son materializadas a través de las acciones. El cuerpo adquiere centralidad como medio por el cual se manifiestan los conceptos que constituyen el corpus de las acciones colectivas, pero también adquiere esa relevancia por ser uno de los elementos principales sobre los cuales hay construcciones que son determinantes en la configuración de las interacciones sociales. Las construcciones sobre el cuerpo de la mujer fundadas en su inferioridad frente al hombre, determinan la adquisición de roles subordinados en la

vida social; la naturalización de dichos roles corresponden a un ideal regulador de las relaciones sociales y del establecimiento de un determinado orden.

Como postula Rocío Córdova Plaza (2003), el cuerpo, la sexualidad, el género y el poder, se hallan cargados de significados socialmente construidos a lo largo de la historia; esto indica que su contenido varía según su *locus* y su temporalidad. Las formas en las que se expresa dicha sexualidad o se concibe el cuerpo han de estar fuertemente sujetas a las particularidades culturales del contexto sobre el cual están inscritas, cumpliendo por ende una función de diagnóstico o indicador del estado de dichas concepciones en una sociedad determinada. El sexo puede entenderse, según Foucault, “como un punto de transferencia especialmente denso de las relaciones de poder” (citado en Franke, 2007: 17); esas relaciones configuran dominios, subordinaciones y resistencias, por medio de los usos del sexo como herramienta para la determinación de ciertos órdenes donde prevalecen las distinciones de género; el sexo produce cuerpos reprimidos y cuerpos ensalzados, cuerpos morales o cuerpos inmorales, cuerpos permitidos y cuerpos velados.

Con base en la idea que plantea una relación directa entre el estado de la

realidad social y las formas de expresión de la sexualidad, Michel Foucault plantea que “la sexualidad no es el elemento más inextricable en las relaciones de poder, pero sí uno de los más instrumentales: útil para la mayor cantidad de maniobras y capaz de servir como punto de apoyo, como eje de las más variadas estrategias” (citado en, Franke, 2007: 23). De esta manera, el control sobre el cuerpo femenino tiene relación sobre la inhibición de la libertad de la sexualidad, no obstante en el caso de la prostitución se ejerce un control sobre el cuerpo femenino que va más allá del manejo de la sexualidad.

Dicho control se manifiesta de un lado, ligado a una naturalización de su ejercicio en cuanto a “labor” o “trabajo” propio de la mujer como consecuencia de las contradicciones estructurales de la economía. Por otro lado, esa dominación en el caso de la prostitución se hace patente en la concepción generalizada de su función imprescindible dentro de la estructura social como espacio de catarsis y de satisfacción de las pulsiones masculinas, aludiendo al hombre una imposibilidad natural de autocontrol, o de regulación de sus impulsos sexuales.

En múltiples ocasiones la prostitución ha sido leída desde un enfoque, a partir del cual se establece el eje predominante en

la concepción de ésta como un intercambio económico, una compraventa de servicios sexuales. Esta mirada ha invisibilizado el verdadero trasfondo de las relaciones que allí se instauran, imprimiendo un carácter contractual, consensuado y meramente comercial a la “transacción” sexo-dinero.

Por el contrario, a estas dinámicas económicas de equilibrio y acuerdo aparente subyacen unas relaciones diferenciales de poder, dentro de las cuales el poder fluctúa y se manifiesta de formas sutiles y en ocasiones violentas, condicionando los roles intergenéricos. La anterior concepción que se daba de la prostitución hace alusión al predominio de una dimensión material sobre la misma, el trasfondo del fenómeno hace, por el contrario, alusión a una dimensión simbólica, que complejiza las interacciones más allá de lo aparente; y transversaliza ambos papeles confiriéndoles significantes de dominación: la mujer se convierte en un objeto transable para el hombre, es cosificada y vendida o adquirida como un bien material, degradando su carácter de sujeto y haciéndola vulnerable a los actos de autoridad dominante masculina que pretenden afirmar su propiedad sobre ella. El hombre, en cambio, se convierte en consumidor a la espera de ser interpelado

por la oferta, y detenta el poder con mayores posibilidades.

La prostitución en Ciudad Bolívar

La principal zona de tolerancia, hoy de acortadas dimensiones respecto a su dimensión original, ubicada en “La Playa” es también reconocida como “la zona” o “el barrio”; adicionalmente existe en la actualidad otra zona de tolerancia en el pueblo entre el parque principal y la plaza de mercado “Las Galerías”, zona reconocida como “El Familiar”.

En estas dos zonas el comercio sexual se da de manera diferenciada. En La Zona, la prostitución es ejercida en su gran mayoría por mujeres provenientes de Medellín y algunas de otros municipios de Antioquia, y su función dentro de los establecimientos se limita a la prestación de servicios a los hombres, ya sea bailar, conversar, o tener relaciones sexuales. Paralelamente, en El Familiar hay con relación a La Zona una mayor proporción de mujeres pertenecientes y establecidas en el municipio, y sus labores son principalmente como meseras y la “prestación de servicios” sexuales a los hombres es una actividad opcional –coperas-.

La visión oficial reconoce que las zonas de tolerancia afectan negativamente el municipio argumentando que de no

existir sería perjudicial para el mantenimiento del orden público; Este discurso muestra claramente una formulación sobre la dominación masculina que condiciona los roles de ambos géneros, mimetizada y validada inconscientemente, y reproducida a través de instituciones oficiales.

El concepto de tolerancia, aparentemente tan desprovisto de contenido por su uso cotidiano y poco o nulamente sujeto a reflexión, puede ser un dispositivo poderoso para legitimar la existencia de ciertas prácticas, cuando se espacializa dicho concepto. Es decir, se convierte en “zona”, se está legitimando un territorio permisivo para el ejercicio explícito y en ocasiones violento ante la mirada de una sociedad, de la imposición hegemónica masculina sobre la mujer, y la cosificación de ésta. Dicho concepto de tolerancia alude de igual forma a una resistencia o aversión previa frente a “eso” que debe ser tolerado; en este caso cuando se habla de tolerar la prostitución se refiere sobre todo a un hecho moral donde se juzga la acción y elección de estas mujeres que han “renunciado” al prototipo ideal de mujer, más no se juzga a quienes son partícipes, igualmente protagonistas –como los clientes-, quienes permiten la reproducción y perpetuación de esta práctica como una opción “laboral”.

Dominar y Subordinarse

El ejercicio de la prostitución supone una serie de acciones en las que la mujer se muestra hacia el hombre como un producto que se auto-oferta ante su consumidor.

En ambas zonas de tolerancia las mujeres, todas de diferentes rangos de edad y contexturas, durante los fines de semana se engalanan con vestuarios sumamente significativos, utilizando colores llamativos que aluden a una festividad; utilizan además tacones extremadamente altos que estilizan sus figuras y que interpelan constantemente junto con el vestuario a esa imagen “femenina” desbordada en sus características que atrae en exceso al hombre quien reafirma su imagen varonil en medio de la “conquista- negociación” con esta imagen de mujer potenciada. Esta dinámica de mercadeo de los cuerpos es sino una hipérbole de las relaciones cotidianas entre los géneros que se configura a partir de la adjudicación diferenciada de roles.

Para ser una competidora destacada en el juego de la conquista del hombre, estas mujeres hacen uso de una serie de parafernalias, que las construyen y las convierten en *alter egos*, maquilladas estrafalariamente, con sus cabellos arreglados, envueltas en una amalgama de aromas, salen a los bares a realizar su

performance delante de cientos de hombres ansiosos por reafirmarse en su posesión; ellas se disponen alrededor de los establecimientos, siempre observando lo que pasa afuera, paradas una al lado de la otra con sus cuerpos expuestos. En la calle se encuentran los hombres quienes transitan por el lugar sin atreverse a entrar a ninguno sin antes evaluar sus ofertas, éstos se ubican frente al establecimiento mirando la entrada, mirando las mujeres; este juego de evaluación y oferta puede llevarse un buen rato. En ocasiones, súbitos espectáculos rompen las lógicas absortas en las que cada uno de los sujetos se encuentran, ellas vendiéndose y ellos apropiándolas, entonces la vista del público entero se centra en el escenario, las puertas se cierran pues no dan cabida a aquellos quienes no han comprado el derecho a observar la puesta en escena que comienza con un baile sensual y termina con la desnudez y una demostración explícita, que linda con lo grotesco, de sus “facultades”. Esta es su expresión máxima, su estrategia mayor de mercadeo.

Desde la perspectiva de las relaciones de poder aplicadas discursivamente al género, se puede percibir el juego de significantes y significaciones sociales, en el sentido de la dicotomía entre aversión y asimilación que evidencia en los usos del término tolerancia. Finalmente, esta

perorata denota una dominación desde el ámbito lingüístico, dada por la predisposición a un determinado orden de cosas y hábitos permitidos y no permitidos en el sistema social, que en este caso suele asignar, entre otras categorizaciones, una maleabilidad total o ausencia de voluntad a la mujer que asume el rol.

El mercadeo del cuerpo de las mujeres, ya sea a través de la estética de los espacios y sus formas publicitarias, o a través de las estrategias propias de estas mujeres para auto propararse, les asigna un carácter cosificable autovalidado, haciéndolas susceptibles a un juicio social diferente en relación con las “otras” mujeres; la objetivación¹ las asume como carentes de voluntad y dóciles frente a los deseos de su consumidor y por lo tanto como poco valiosas o indignas. Todas estas adjetivaciones son un producto primario consecuente a la inserción misma de la mujer en la lógica del mercado de su cuerpo, pero los juicios recurrentes que se hacen sobre las mujeres prostitutas o las percepciones y representaciones que de ellas se tienen es que son “mujeres de la vida alegre”, que “escogieron el camino fácil”, que son

¹ Con este término queremos aludir a una reducción de la complejidad de los sujetos a una simple realidad física o a una imagen lineal de algo.

“mujeres públicas”, que “hacen lo que hacen no por necesidad sino por gusto”; se acota su carácter de “sinvergüenza” y el engaño como congénito a su “labor”, como reza el adagio popular “no hay que creer en amor de *puta*, ni en amistad de policía” o “con putas y frailes ni caminos ni andes”. Lo anterior, demuestra que en principio los juicios se fundan en la acusación de la carencia de rectitud moral. No obstante en menor proporción es factible encontrar juicios que atañen a una figura de víctimas frente a su condición, es decir, el “tener que ser” prostituta, sugiriendo que tienen que asumir una vida de pesadumbres, “pobrecitas, esa vida es muy dura”.

En Ciudad Bolívar, si bien existen percepciones que aluden al carácter inmoral y transgresor de estas mujeres, cabe resaltar que aunque en el municipio se supone un peso significativo y predominante de la moral católica y por ende conservadora, en la mayoría de los casos estos juicios aluden principalmente al hecho de que estas mujeres sean foráneas al municipio, y que haya un estigma tan fuerte y generalizado, construido a partir de experiencias particulares, que las etiquete como “ladronas”, en ocasiones hasta el punto de concebir la prostitución como una pantalla para encubrir su fin último de engaño; esta percepción está tan arraigada

en el imaginario de los pobladores que incluso justifican la violencia tanto física como psicológica –hasta el extremo del asesinato- hacia estas mujeres como merecida.

Los contrasentidos, las tras escenas y las resistencias

Como un actor tras escena, las denominadas prostitutas se transforman para develarse en su escenario natural e interpretar su papel. Su cuerpo vivo se convierte entonces en el lugar del drama, el proscenio representante de una multiplicidad de “yos” y de “nadies” posibles prestos a surgir según la improvisación exigida en los cuadros.

Si bien la prostitución es un fenómeno sobre el cual se expresa de formas mucho más claras las relaciones de dominación masculina, de acuerdo a las lógicas del poder anteriormente descritas, debe reconocerse en él tanto unas aceptaciones y sumisiones frente a la imposición masculina, como la existencia de una respuesta a dicha imposición, es decir, la generación de resistencias en contraposición a un poder que pretende ser hegemónico, a través de sutiles y violentas resistencias, como la selección de los clientes, el engaño, e inclusive el enfrentamiento físico.

Para empezar, las mujeres transfiguran su imagen, actitudes y emociones en búsqueda de generar una mayor atracción al cliente y para ello asumen roles performativos que tienden a ser espejo de los deseos que el hombre refleja en ellas. Desde este momento comienzan a asumir un rol subordinado frente a la figura de un hombre dominante. Sin embargo esta transformación de sí, no tiene como única finalidad la simple atracción de potenciales clientes, este cambio posibilita, además, la creación de un “personaje”, un *alter ego* dotado de las capacidades necesarias para afrontar el espacio en el que va a desenvolverse, un *alter ego* que es utilizado como una coraza que separa a *ego* y lo protege.

Según el concepto tecnologías del yo, planteado por Foucault, los individuos pueden “efectuar, por cuenta propia o con la ayuda de otros, cierto número de operaciones sobre su cuerpo y su alma, pensamientos, conducta, o cualquier forma de ser, obteniendo así una transformación de sí mismos, con el fin de alcanzar cierto estado de felicidad, pureza, sabiduría o inmortalidad” (citado en Fernández, 2006: 5). Aplicado a las dinámicas de la prostitución esta tecnología del yo vendría a ocupar el espacio de las resistencias generadas por los individuos dominados, en este caso, por las mujeres. La utilización de

diferentes discursos, diferentes lenguajes corporales, posturas, presentaciones, entre otros aspectos, marcan la delgada línea que separa el *ego*, ese “verdadero” yo de la mujer que se recrea en su vida cotidiana, la mayoría de veces en lugares distintos a los frecuentados cuando ejerce la “prostitución”, y el *alter ego*, el personaje creado, la “prostituta” aquella imagen que de la cual es menester diferenciarse debido a las connotaciones negativas de las que está cargada, y la cual es poseedora de los atributos y cualidades que la hacen capaz de ofrecerse como un producto deseable ante los ojos del “consumidor”. Las operaciones que supone esta tecnología del yo están relacionadas con un fortalecimiento de actitudes rudas, orgullosas, contestatarias, reaccionarias e indiferentes en respuesta a la presión y los señalamientos de la sociedad.

La estética corporal es un medio por el cual se evidencia de forma drástica la separación de yos, por un lado la mujer “prostituta” moldea su apariencia con el fin de satisfacer las necesidades masculinas, que no necesariamente están ligadas al prototipo hegemónico de belleza. De otra parte, el otro “yo” íntimo de la mujer, sirve como resguardo de su carácter más subjetivo; es el espacio en el que y por medio del cual la mujer se permite ser, pensar y actuar conforme a

su voluntad y al marco limitado de libertades que le permite la sociedad general. Puede decirse que la mujer en este ámbito está dotada de un alto grado de agencialidad por tratarse en mayor medida del ámbito de su vida privada, donde tiene más dominio y autonomía. Es en este “yo” que se permiten las acciones de resistencias, de juicios y de negaciones ante las imposiciones e interpelaciones externas; sin embargo, dichas resistencias se dan siempre de forma oculta, es decir, su acción se limita en la mayoría de ocasiones a una dimensión psíquica, a la formación de percepciones sobre el otro bajo ciertos juicios que lo aceptan o lo repudian; pero en el actuar físico, este “yo” no se ve representado, sino que es reemplazado por la adopción del otro “yo” capaz de afrontar determinado rol. Cabe acotar que la existencia y la adopción de diferentes yo, no se da exclusivamente de forma alternante, sino que se da de forma simultánea.

Dentro de las percepciones que se generan de los “otros” y en especial, en este caso, las percepciones que estas mujeres crean sobre los hombres demandantes, suele verse recurrente una adjetivación de asco, repulsión y fastidio hacia ellos. Sin embargo, éstas son dadas la mayoría de las veces a raíz de la apariencia física de estos personajes, pues al ser campesinos recolectores que al

terminar sus turnos bajan a la zona de tolerancia, suelen tener mal olor, estar sucios, y mal vestidos; pocas veces se aludió esta repulsión al hecho de que fuesen hombres que pagaran por ellas y que las usaran como objetos sexuales a su disposición.

La creación de “vidas paralelas” es un riesgo que toman, con el fin de ocultar su “debilidad” para el cumplimiento de las normas morales de su sociedad, normas que como ya se ha dicho corresponden al establecimiento de un orden social, que se ve fuertemente permeado por los discursos de la dominación masculina tanto en el señalamiento, como en el enjuiciamiento y el castigo. El mantenimiento de estas vidas paralelas implica el fortalecimiento de cada uno de los roles de tal manera que su puesta en escena sea lo bastante convincente y contundente que no genere dudas, ni el descubrimiento del engaño.

En el proceso de aceptación y la habituación de su rol como objetos sexuales a la disposición de los deseos masculinos y la naturalización de su labor como menester para el mantenimiento de un orden público, el aprendizaje y la generación de estrategias efectivas que permitan a estas mujeres separar su integridad emocional fuertemente vulnerable a ser lacerada, de su integridad

corporal que ha de ser dispuesta a las demandas y exigencias de los compradores, se vuelve imperiosa para su ejercicio

Un tema con el que nos encontramos y que llama profundamente la atención, es el que podríamos denominar autodegradación. Este término podemos comprenderlo como una medida de estas mujeres, elaborada por ellas mismas para ejercer una especie de reprendimiento sobre su cuerpo y sobre sí mismas, con el fin de salir de “ese mundo”, con ello hacemos referencia al descenso de estatus al que recurren algunas de éstas mujeres tanto en el tipo de sitios en el que trabajan como un manejo y cuidado de su propio cuerpo, que se traducen en una disminución de los ingresos, unas condiciones de trabajo más difíciles y una precariedad progresiva del autocuidado, como lo implica pasar de ser “prepagó” a “trabajar” en un burdel de pueblo.

A manera de conclusión

A partir del acercamiento a este fenómeno y la observación de sus dinámicas *in situ*, el trabajo realizado permitió develar la necesidad de abordarlo más allá de la superficie que indica que existen unas acciones de voluntad propia en las “prostitutas”, considerando la existencia de una serie de condicionamientos sociales enraizados en

toda una conformación simbólica que parte de los discursos de poder-reconocimiento basados desde el hombre, que dan pie a poner en duda la aparente voluntariedad de la adopción de este rol.

Y así mismo, la imperiosidad de un cambio de la mirada economicista -que ha sido el enfoque paradigmático a partir del cual se ha analizado este fenómeno, validando la dominación presente en aquél por la existencia de una retribución económica ante la “prestación de un servicio”- por una mirada en la que prime el análisis a las relaciones de poder existentes, es decir, la consideración inicial de una dominación masculina presente en todos los ámbitos de la vida social, cuyo *locus* principal es la sexualidad y que, por ende, se expresa de formas mucho más explícitas en la prostitución, asumiendo aquellas dinámicas económicas presentes en ésta como un derivado que justifica dicha dominación.

Partiendo de las anteriores premisas, con este trabajo se logró evidenciar desde las lógicas de poder que suponen un flujo constante, si bien la existencia marcada de una dominación que se ejerce y se asume, también, de unas resistencias que aparecen mediante distintos mecanismos en contraposición a esa dominación. Igualmente se consiguió testimoniar las

formas por las cuales dicha dominación y resistencias eran materializadas, ubicando al cuerpo y las intervenciones sobre él, como el medio de expresión principal.

Bibliografía

- Bordieu, Pierre (1998). La dominación masculina, documento digital.
- Córdova, Rocío. (2003). Los peligros del cuerpo o el ejercicio de la sexualidad femenina como estrategia de subsistencia. *Alteridades*, N. 25. Pág. 93-102. (En línea).
- Fernandez, Domingo (2006) Foucault, identidad y sexualidad. *A Parte Rei. Revista de Filosofía*. Universidad de la Laguna. No. 45. (En línea).
- Foucault, Michel, 1926-1984 (1992). *Microfísica del poder*. España, Piqueta.
- Frankie, Katherine (2007) Los usos del sexo. *Revista de Estudios Sociales*. Universidad de los Andes. No. 28. Pág. 16-43 (en línea).